

Fundamentación veterotestamentaria de la experiencia y la espiritualidad del Nuevo Testamento

Rafael de Sivatte

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

San Salvador, El Salvador

Cuando se habla de espiritualidad, siempre se hace referencia al Espíritu. Por eso, se dice que alguien tiene espiritualidad cuando se deja llevar por el Espíritu. Con frecuencia se añade un adjetivo: cristiana, franciscana, benedictina, ignaciana, budista, musulmana o hindú, lo cual quiere decir que se deja llevar por el espíritu de...

Ahora bien, aquí me quiero centrar en la espiritualidad cuya raíz se encuentra en la experiencia de la liberación, que el pueblo de Dios vivió en sus inicios y a lo largo de su historia. Más tarde, esa espiritualidad fue retomada por los primeros seguidores de Jesús, a partir de su experiencia del Resucitado.

Voy a escribir, pues, sobre los orígenes de la espiritualidad cristiana, es decir, sobre algunos rasgos sobresalientes de la espiritualidad en el Antiguo Testamento como fundamento de la del Nuevo.

1. La espiritualidad en el Antiguo Testamento

1.1. La experiencia fundante del pueblo de Dios

Los diferentes grupos que acabaron formando el pueblo de Dios, lo primero que captaron de él fue que, cuando vivían bajo el dominio de otros pueblos, como el egipcio, los había acompañado en su aventura de liberación. Ese Dios no soportaba ningún tipo de opresión. Por tanto, quería un pueblo libre, conformado por personas libres, que respetaran y promovieran la libertad.

Esta fue la experiencia de fe de estos grupos. Una experiencia fundante del pueblo de Dios, es decir, descubrieron que Dios había estado y estaba

acompañándolos, en su proceso de liberación. De ahí que ese pueblo, al hablar de su origen como tal, repitiera que Dios lo había sacado de Egipto y lo había conducido a la tierra prometida.

En el libro del Éxodo tenemos un relato fundamental, que recoge la manifestación de Dios a Moisés. Dios comparte con él su sentimiento profundo ante la dominación sufrida por los grupos anteriores a la existencia de Israel. Dios le dice con claridad que no soporta esa dominación y que ha decidido acabar con ella. Por tanto, le pide a Moisés que colabore con él en esta acción liberadora y que se deje llevar por este espíritu liberador.

He aquí algunos fragmentos de este relato de Éxodo 3,1-10.

Moisés [...] llegó hasta [...] la montaña de Dios. Este se le apareció [...] y le dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. [...] “He visto la aflicción de mi pueblo [...], he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para liberarlo [...] y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa [...]; el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los afligen. Ahora, pues, ve: yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto”.

Naturalmente, Moisés se sintió desbordado por la misión encomendada y puso reparos, mejor dicho, excusas, para no aceptar. Alegó su incapacidad personal y la arrogancia del opresor. Dios le respondió sencillamente que “estará” con él siempre, en la historia de la liberación (*cf.* Ex 3,11-15).

A partir de esta experiencia, surgió un pueblo, que se sintió llamado a vivir una espiritualidad liberada y liberadora, una espiritualidad de colaboración en la obra creadora, una espiritualidad de cercanía y relación, una espiritualidad de fidelidad.

1.2. Una espiritualidad liberada y liberadora

La experiencia fundante de un Dios liberador del dominio y la opresión egipcia llevó al pueblo, que se formó a partir de ella, a caer en la cuenta de que su Dios lo llamaba a vivir como un pueblo plenamente libre, formado por personas libres. Un pueblo donde las relaciones de dependencia, de opresión y de esclavitud no tenían cabida. Un pueblo constituido por relaciones fraternales y solidarias.

A lo largo de su historia, este pueblo fue descubriendo el estilo y el modo de actuar liberador de su Dios. No debía, pues, caer en la tentación de volver a esclavizar y a oprimir, sino trabajar con decisión para crear unas estructuras que

hicieran posible las relaciones libres. Esto solo es posible desde una espiritualidad de colaboración con la obra creadora, desde una espiritualidad de relación y cercanía, y desde una espiritualidad de fidelidad.

El pueblo de Israel experimentó a un Dios desde siempre presente en la historia de la humanidad. Es el mismo Dios de la creación, que llamó al ser humano a colaborar con él en la humanización de lo creado. Dicho con otras palabras, Dios le encomendó cuidar de la creación. De ahí que le haya pedido poner nombre a las creaturas, que pastoreara y guiara a los peces, las aves y los otros animales (Gn 1,1-2,25). En definitiva, lo llama a vivir una espiritualidad de colaboración con la obra creadora.

Asimismo, el pueblo comprendió que Dios había caminado desde siempre con sus antepasados. Había sido pastor nómada con sus antepasados nómadas, había cultivado la tierra con sus antepasados campesinos, había emigrado con sus antepasados migrantes, había vivido dominado y oprimido en Egipto junto con sus antepasados. Es, pues, un Dios cercano y personal, que llama a construir relaciones cercanas y personales con el prójimo. Una espiritualidad de cercanía y de relación.

Descubrieron que este Dios se ha había hecho presente en todas las circunstancias de su vida. Es el Dios de la alianza, en la cual se comprometió con el pueblo y había pedido a este comprometerse de igual forma. Es un Dios de fidelidad, que pide fidelidad. Una espiritualidad de fidelidad a su proyecto y al modo de vivir como pueblo de la alianza.

2. La experiencia del pueblo durante la monarquía

La historia del pueblo fue cada vez más compleja. La situación social y religiosa experimentó cambios profundos. Surgieron obstáculos que dificultaron vivir de acuerdo con la fe en Yahvé, quien lo había liberado para formar un pueblo nuevo. Por tanto, para vivir una espiritualidad liberadora.

Hubo infidelidades, olvidos e indiferencias, intentos de manipular a Dios en el santuario, alianzas con las potencias de entonces como si estas fueran divinidades, injusticias sociales y maltrato al prójimo, en particular, a los campesinos. Dios respondió mostrando rasgos nuevos y llamando a la fidelidad y al compromiso.

2.1. Espiritualidad del retorno al amor primero

Uno de los primeros profetas en impulsar esta espiritualidad del retorno al amor primero es Oseas. Este profeta vivió una dramática experiencia de fracaso

familiar. Se quedó solo, porque su mujer y sus hijos lo abandonaron. Fue tal su frustración, que deseó vengarse de todos los integrantes del grupo familiar. Quiso para ellos lo peor.

Mientras estos deseos crecían, cayó en la cuenta de que, en realidad, era incapaz de romper con su mujer y sus hijos, porque los seguía queriendo. Asimismo, comprendió que eso mismo le había pasado y le pasaba diariamente a Dios con su pueblo. Su ingratitud merecía que lo hubiera abandonado y acabado hacía tiempo. Oseas entendió que no lo había hecho, porque, en realidad, lo seguía amando y, en virtud de ese amor, quería darle una nueva oportunidad para volver a él.

El profeta se sintió llamado a dejarse llevar por ese espíritu de reconciliación. Entonces, decidió hacer todo lo necesario para volver a enamorar a su mujer y para acoger a sus hijos con cariño y ternura. Comprendió que ese había sido el modo de proceder de Dios con su pueblo: lo había seguido amando antes de que se convirtiera, porque tenía la esperanza de que volvería a él. Este era un Dios que lo llamaba a dejarse llevar por su Espíritu y a retornar a su amor primero.

Veamos un texto muy significativo:

Por eso voy a seducirla;
voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón. [...] y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Y sucederá aquel día [...] que ella ya no me llamará “Baal mío”, sino “Esposo mío”, y conseguiré que ya no invoque más a los baales. Aquel día sellaré en su favor un pacto con la bestia del campo, con el ave del cielo, con el reptil del suelo; romperé y alejaré de esta tierra arco, espada y guerra. Y a ellos los haré reposar en paz.

Yo te desposaré conmigo para siempre;
te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión;
te desposaré conmigo en fidelidad.
Y volverás a relacionarte profundamente conmigo (Os 2,16-25).

En estas líneas, Oseas nos habla de cómo Dios decidió reiniciar su historia de amor con su pueblo, en el desierto, tal como había ocurrido en el pasado. Dios prometió a su pueblo que haría todo lo necesario para que su entorno fuera favorable y pudiera vivir en paz y felicidad. Dios estaba convencido de que se volvería a dar una relación de amor como la del principio.

Enseguida, se dirigió al pueblo para renovar su desposorio con él y le prometió los mejores regalos de bodas que podía darle: la justicia, el derecho, el amor, la compasión y la fidelidad. Y añadió que, de esta manera, retornaría la relación profunda entre Dios y el pueblo, y el pueblo y Dios. Esta nueva situación tendrá consecuencias en las relaciones entre Dios, la creación y la humanidad. Dios dará la respuesta esperada a los cielos, estos a la tierra y esta a los cultivos, que se convertirán en la cosecha de Dios. Es decir, habrá un cambio radical y el pueblo volverá a ser objeto de las entrañas de misericordia de Dios, volverá a ser el pueblo de Dios.

En otro texto, tan significativo como el anterior, Oseas se refiere a la relación entre los progenitores y su descendencia. Dios comparte todo lo que ha hecho por su hijo, su pueblo. Hizo como un padre y una madre con su hijo pequeño. Pero comparte también su frustración al ver cómo el niño tiende a alejarse de ellos. Aparentemente, Dios se dispone a abandonar de una vez a su pueblo-hijo en manos de los imperios para que lo maltraten. Pero, al final, confiesa que no puede hacerlo, porque su corazón está al borde del infarto y las entrañas se le revuelven. Decidió, entonces, no dejarse llevar por la cólera, sino por su corazón.

Cuando Israel era niño, lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.
Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí [...]
Yo enseñé a caminar a Efraín, tomándole por los brazos,
pero ellos no sabían que yo los cuidaba.
Con cuerdas humanas y con lazos de amor los atraía;
yo era para ellos como quienes alzan a un niño contra su mejilla;
me inclinaba hacia él y le daba de comer.
Volverá a Egipto y Asur será su rey,
pues se han negado a convertirse.
La espada los destruirá.
¡Qué triste! [...]
Mi pueblo se ha acostumbrado a abandonarme
y por eso cuando claman hacia lo alto, nadie los toma en brazos.
Pero, ¿cómo voy a abandonarte, Efraín, cómo voy a soltarte, Israel? [...]
Mi corazón está al borde del infarto y tengo retortijones en mis entrañas.

No, no daré curso al furor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín,
porque soy Dios, no hombre [...];
dejaré por tanto la ira a un lado
y no me dejaré llevar por ella (Os 11,1-9).

Así, pues, este es el primer rasgo de esta espiritualidad profética. Dios quería que su pueblo, movido por su amor incondicional, retornara con pasión y entusiasmo a su primer amor y que, desde esta nueva situación, sus relaciones con los demás y con la naturaleza fueran también movidas por ese amor primero.

2.2. Espiritualidad de plena confianza en el Dios de la vida

Desde el principio de la existencia del pueblo de Dios, quedó claro que su fundamento era la experiencia liberadora. Su Dios se había hecho presente en el momento de la liberación y le pedía fiarse de él, puesto que se había comprometido a acompañarlo siempre. Por eso, se había manifestado como “el que estará”.

Este fue, sin embargo, uno de los grandes problemas del pueblo. Nunca se fío completamente de su Dios. Buscó su seguridad en otras realidades o ídolos, en los que puso su confianza. Estos ídolos pueden recibir diferentes nombres, como la alianza con los imperios y las armas. Les atribuyó poder divino y en ellos puso su confianza.

En el Creciente fértil, las alianzas con los dos imperios del momento, el egipcio y el mesopotámico, estaban de moda. Los reyes de Israel y de Judá cayeron continuamente en la tentación de pactar con ellos apoyo para enfrentar los conflictos con algunos de los pueblos vecinos. Lo peor fue que al pactar con los imperios, pusieron en ellos su confianza, como si fueran dioses. De esa manera, traicionaron la alianza con Yahvé, que exigía una confianza total.

Los profetas, defensores de la relación auténtica con él, reprobaban los pactos y los denunciaron. Estaban convencidos de que las alianzas con los imperios eran un camino idolátrico, que conducía a la destrucción. Esas alianzas siempre eran engañosas, pues los imperios, la contraparte, se erigían en ídolos, que siempre exigían víctimas y acababan devorando a sus propios aliados. Dicho de otra manera, todas esas alianzas provocaban, en último término, la intervención del imperio de turno, que acaba con la vida de Israel. Oseas e Isaías fueron muy clarividentes, según muestran algunos de sus textos.

Efraín se mezcla con otros pueblos. [...]
Los extranjeros consumen sus energías
sin que se dé cuenta; [...]

Efraín es como una paloma tonta y sin juicio,
pues o bien llama a Egipto, o bien se dirige a Asiria (Os 7,8-12).

Como siembran vientos, cosecharán tempestades.
Su grano de trigo no echará espigas, la espiga no dará harina
y, si llega a dar algo, se lo comerán los extranjeros.
Israel ha sido devorado
y se ha convertido en medio de las naciones en algo que no sirve para
nada. Efraín era un asno orgulloso.
Pero miren cómo subió a Asiria llevando regalos a sus amantes.
Sin embargo, por más que se haya ganado amigos entre las naciones,
pronto los voy a dispersar
y no podrá ungir más reyes ni príncipes (Os 8,7-10).

¡Ay, los que bajan a Egipto por ayuda!
En la caballería se apoyan,
y se fían en los carros porque abundan
y en los jinetes porque son muchos;
mas no han puesto su mirada en el Santo de Israel, ni a Yahvé han
buscado. Pero también él es sabio, hará venir el mal,
y no retirará sus palabras;
se levantará contra la casa de los malhechores
y contra la ayuda de los que obran la iniquidad.
En cuanto a Egipto, es humano, no divino,
y sus caballos, carne, y no espíritu;
Yahvé extenderá su mano,
tropezará el ayudador y caerá el ayudado,
y todos a una perecerán (Is 31,1-3).

La auténtica conversión pasaba por rechazar las alianzas y los idolos, y por la confesión del Dios misericordioso:

Asiria no nos salvará, ni confiaremos más en los caballos,
ni a la estatua que hicieron nuestras manos
volveremos a decirle “Dios nuestro”,
oh, tú, en quien halla compasión el huérfano (Os 14,4).

Según los profetas, la visión utópica del mundo, tal como Dios la soñaba, no incluía imperios divinizados, ni alianzas idolátricas.

En conclusión, los profetas siempre afirmaron que Dios es el Señor de la historia y que tiene planes de salvación; que se puede contar con los impe-

rios, pero solo temporalmente y como instrumentos de algún proyecto suyo; que los imperios intentan con mucha frecuencia ocupar el lugar de Dios y se dejan llevar por sus intereses egoístas; que la alianza con los imperios es, por tanto, un acto de idolatría, de prostitución y de adulterio. Esas alianzas creaban dependencia, pero no daban seguridad. Necesariamente, eran fuente de frustración, porque los imperios no eran señores. La salvación del pueblo y de sus integrantes no estaba en esas alianzas, sino en la confianza plena en Dios y su fidelidad.

Algo similar puede decirse de la confianza que Israel puso con frecuencia en las armas. En el ambiente de guerras continuas en el que se movía, no era difícil confiar en los ejércitos y las armas hasta el extremo de convertirlas en un dios y rendirles culto. La respuesta de los profetas consistió en insistir en una espiritualidad basada en la confianza en Yahvé, en contraposición a la confianza en las armas. Un texto muy significativo es el relato del enfrentamiento y la victoria del pequeño y desarmado David sobre “el gigante” y armado hasta los dientes Goliat (1 Sam 17,38-54). En ese relato, David dice a Goliat:

Tú vienes contra mí con la espada, la lanza y las flechas, pero yo vengo a ti en nombre de Yahvé Shebaot [...] Todos [...] conocerán que Yahvé no vence con la espada y la lanza (vv. 45-47).

Por otra parte, este es un lugar común entre los profetas. He aquí algunos textos:

Los salvaré por Yahvé su Dios. No los salvaré ni por el arco, ni la espada, ni la guerra, ni los caballos, ni los jinetes (Os 1,7b).

Tú confías en tu poder, en la cantidad de soldados;
pues bien, se alzarán un tumulto de guerra en tus ciudades
y todas las fortalezas serán devastadas (Os 10,13b-14a).

Ay de quienes ponen su esperanza en la caballería,
que confían en el número de los carros de combate
y en una caballería importante,
pero no tienen en cuenta al santo de Israel y no consultan a Yahvé [...] Él se levantará [...] contra la ayuda de gente malvada [los egipcios].
Y, ya que el egipcio es un ser humano y no un dios,
que sus caballos son carne y no espíritu,
cuando Yahvé se decida a actuar,
tropezará quien ayuda y caerá quien es ayudado;
ambos desaparecerán (Is 31,1-3).

Más aún, los profetas advierten que las armas en las que tanta confianza se ponía, se volverían, en último término, contra quien confiaba en ellas. Así lo expresa Ezequiel, dirigiéndose a Samaria y a Jerusalén: “se han enamorado de personas amantes de la guerra y hábiles jinetes”, “de guerreros de élite” (Ez 23,5.12.15). Pero sus proyectos se verán frustrados, porque “vendrán contra ti del Norte con carros de combate y ruedas [...] Desde todas partes dirigirán contra ti el escudo, la armadura y el carro” (Ez 23,24). Después del exilio, Zacarías anuncia, en nombre de Yahvé, que si acecía la salvación, “no es por la potencia y la fuerza, sino por mi Espíritu [el de Yahvé]” (Zac 4,6).

Todos los profetas denunciaron las armas como ídolos, que no podían dar seguridad, que exigían el sacrificio de vidas humanas y que, en último término, se volverían contra quienes confiaban en ellas. La visión de los profetas era, más bien, utópica. Pedían un futuro sin armas.

Aquel día haré un pacto a favor de ellos
con la bestia, con el ave
y con el reptil:
haré desaparecer del país el arco, la espada y la guerra,
y les haré reposar en paz (Os 2,20).

Multiplicaste la alegría [...] porque el yugo que les pesaba [...] has roto [...];
porque la bota militar y el uniforme de los guerreros lleno de sangre serán quemados;
porque un niño nos ha nacido que llevará como insignias de su señorío la sabiduría, la fortaleza, la compasión y el talante pacificador (Is 9,3-5).

Aquel día
suprimiré de tu sociedad los caballos y carros de combate,
suprimiré las ciudades fortificadas y las fortalezas,
eliminaré todo aquello que está al servicio de la idolatría (Mi 5,9ss).

Como conclusión, pueden servir los siguientes textos de Isaías y de Miqueas:

Sucedará en días futuros que el monte de la Casa de Yahvé [...] será firme por encima de todas las colinas [...]
Confluirán a él todas las naciones [...]
dirán: ‘Ea, subamos al monte de Yahvé [...]
para que él nos enseñe sus caminos [...]
Pues de Sion saldrá la Ley y la palabra de Yahvé.
Él hará justicia entre los pueblos (Is 2,2-4).

Forjarán de sus espadas azadones
 y de sus lanzas podaderas.
 No levantará la espada nación contra nación,
 ni se ejercitarán más en la guerra.
 Se sentará cada cual bajo su parra y bajo su higuera,
 sin que nadie lo inquiete (Mí 4,3-4).

En último término, los profetas llamaban a vivir una espiritualidad que pone su confianza en Yahvé y no en realidades humanas, como los imperios, las alianzas y las armas, como si estas fueran las que dan la seguridad.

2.3. Espiritualidad de la relación gratuita

El pueblo de Israel experimentó la libertad y la gratuidad de Dios. Este no necesitaba, ni deseaba que se comerciara con él para conseguir aquello que se deseaba. El Dios de Israel no aceptaba ningún tipo de manipulación. Desgraciadamente, la historia del pueblo está plagada de situaciones en las cuales intentó ganarse a Dios de varias maneras y así manipularlo. Invocó su nombre, recordó la guerra santa, vivió la elección como un privilegio, le dio culto en los santuarios e hizo obras de piedad.

Ante estas prácticas, los profetas no se cansan de recordar que Dios es libre y desinteresado. En consecuencia, llaman al pueblo a establecer con él una relación libre y gratuita. Ya en la experiencia fundante del éxodo, Dios no quiso identificarse por su nombre delante de Moisés (Ex 3,1-15). Se negó a responder a su pregunta. No fuera a suceder que Moisés cayera en la tentación de invocar su nombre, cuando se encontrara en apuros, pensando que, de ese modo, forzaría la acción de Dios, es decir, tendría poder sobre él. En lugar de identificarse por su nombre, Dios dijo a Moisés que, a partir de ese momento, lo conocerían como quien “estará siempre en la historia acompañándolo”. Debían, por tanto, confiar en él y en su compromiso de “estar”.

Los profetas denunciaron una nueva modalidad para intentar manipular a Dios. En realidad, otra muestra de desconfianza. Quisieron convertirlo en una especie de general, que les daría la victoria sobre sus enemigos. De este modo, los gobernantes motivaban al pueblo para que se enrolara en el ejército y saliera a luchar. La ideología de “la guerra santa” alcanza su momento culminante en el reinado de Jeroboam, hacia 760 a. C. Aprovechando la debilidad de los imperios y los reinos vecinos, este rey lanzó una guerra de conquista, que justificó como una “guerra santa”.

La víctima más importante de este rey fue el profeta Amós de Tecoa. Pero antes de que lo silenciara, tuvo tiempo para denunciarlo y desenmascarar el intento de manipular a Dios. Amós adelantó que la ofensiva fracasaría y que las victorias serían vanas. El día de Yahvé sería de tinieblas, porque no lucharía a su lado, sino contra él. Los textos siguientes muestran la denuncia de la guerra santa y la amenaza de Amós:

Escuchen esta palabra que yo entono contra ustedes como elegía, casa de Israel:

¡Ha caído, no volverá ya a levantarse, la virgen de Israel;
postrada está en su suelo, no hay quien la levante!
Porque así dice el Señor Yahvé a la casa de Israel:
La ciudad que sacaba mil a campaña quedará solo con cien,
y la que sacaba cien quedará solo con diez (Am 5,1-3).

¡Ay de aquellos que suspiran por el día en que vendrá Yahvé!
¿Cómo será ese día para ustedes?
Será un día de tinieblas, no de luz.
Será como un hombre que huye de un león y se topa con un oso,
y que al entrar en la casa apoya su mano en la pared
y lo muerde una culebra.
¿No es tinieblas el Día de Yahvé, y no luz,
lóbrego y sin claridad? (Am 5,18-20).

Ustedes se enorgullecen de la conquista de Lo-Dabar [nadería]
y andan diciendo que son imbatibles.
¡Pues bien, voy a suscitar contra ustedes, casa de Israel,
una nación que los oprimirá
desde la Entrada de Jamat hasta el torrente de la Arabá! (Am 6,13-14).

Asimismo, Sofonías habló sobre ese día de Yahvé de un modo inesperado y chocante para los habitantes de Judá:

¡Cercano está el gran Día de Yahvé,
cercano, a toda prisa viene!
¡Amargo el ruido del día de Yahvé,
dará gritos entonces hasta el bravo!
Día de ira el día aquel,
día de angustia y de aprieto,
día de devastación y desolación,
día de tinieblas y de oscuridad,

día de nublado y densa niebla,
 día de trompeta y de clamor,
 contra las ciudades fortificadas y las torres de los ángulos.
 Yo pondré a los hombres en aprieto,
 y ellos andarán como ciegos [...];
 su sangre será derramada como polvo,
 y su carne como excremento.
 Ni su plata ni su oro podrán salvarlos
 en el Día de la ira de Yahvé [...];
 pues él hará exterminio, ¡y terrorífico!,
 de todos los habitantes de la tierra (So 1,14-18).

En este mismo sentido, encontramos las siguientes líneas de Joel:

¡Toquen el cuerno en Sion,
 den gritos de alarma en mi monte santo!
 ¡Tiemblen todos los habitantes del país,
 porque llega el Día de Yahvé; está cerca! (Jl 2,1-2).

En definitiva, los profetas denunciaron a quienes manipulaban y engañaban al pueblo con la ideología de “la guerra santa” y del día de Yahvé. Este no sería un día de victoria, sino un día en el cual Yahvé pelearía contra ellos. En la misma línea debe interpretarse el texto de Miqueas, el profeta campesino. Este denuncia recurrir a la relación de amistad con Yahvé como fuente de seguridad.

Sus jefes juzgan con soborno,
 sus sacerdotes enseñan a sueldo,
 sus profetas vaticinan por dinero,
 y todos dicen que son amigos de Yahvé.
 Por eso exclaman: “¿No está Yahvé en medio de nosotros?
 ¡No nos alcanzará ningún mal!” (Mi 3,11-12).

Otra falsa confianza, desenmascarada por los profetas, era creer en la elección exclusiva por parte de Dios. Una creencia que le recordaban continuamente con la manida fórmula: “ya que nos ha elegido, tenemos derecho a ser favorecidos por él y estamos por encima de todos los pueblos”. Los profetas no pensaban de la misma manera. Para ellos, la elección significaba un amor apasionado, pero no exclusivo, de Dios por su pueblo. No era, por tanto, un privilegio, sino una responsabilidad. En virtud de la elección, Dios podía ser más estricto a la hora de pedirles cuentas.

Amós es uno de los profetas que desenmascaró con más claridad el uso de la elección de Dios para el propio interés. Después de denunciar a Israel por muchas acciones perversas, agrega que estas son aún más graves, precisamente, por todo lo que Yahvé había hecho con él y en su favor, a lo largo de la historia (Am 2,9-11). Un poco más adelante, Amós parece estar de acuerdo con la interpretación de los israelitas sobre su elección: “Así como yo me di a conocer a ustedes de un modo especialísimo de entre todas las naciones de la tierra, así también les pediré cuentas de un modo especial por su mala respuesta” (Am 3,2).

Así, pues, si fuera cierto lo que los israelitas iban diciendo sobre la elección de Dios y de su amor especialísimo para con ellos, también lo es que tenía más derecho para pedirles cuentas, ya que no habían sabido responder a dicha elección. En cualquier caso, Amós no estaba de acuerdo con el presupuesto: la elección exclusiva, entendida como privilegio. En consecuencia, la desmitificó completamente: “Hijos de Israel, ¿no son ustedes para mí iguales que los etíopes?, dice el Señor. ¿No hice subir a Israel del país de Egipto, como también a los filisteos de Caftor [¿Creta?] y a los arameos de Quir [¿ciudad de Moab?]?” (Am 9,7).

La desconfianza en la gratuidad de Dios condujo a intentar manipularlo en el templo, donde quisieron aprisionarlo, y en el culto, realizado como un medio de presión y coacción. Los profetas contestaron que la presencia de Dios en medio de su pueblo estaba condicionada a que no oprimiera, no asesinara, no robara y se comportara con los pobres, las viudas y los huérfanos con la misma misericordia de Dios, es decir, que fuese justo y solidario como Dios mismo.

¡Búsqenme a mí y vivirán!

Pero no me busquen en Betel, no vayan a Guilgal [...].

¡Busquen a Yahvé y vivirán [...]

Busquen el bien, no el mal, para que vivan

y esté así con ustedes Yahvé Sebaot,

tal como andan diciendo ustedes por ahí.

Aborrezcan el mal, amen el bien,

implanten la justicia en los tribunales;

quizás entonces Yahvé Sebaot tenga piedad del resto de José (Am 5,4-5; 14-15).

La denuncia de Amós llegó al extremo de afirmar que los sacrificios y los diferentes actos de culto cansaban a Dios. Ni siquiera estaban relacionados con él. En el desierto, nunca les pidió ofrecer sacrificios.

Yo odio sus fiestas,

no me gusta el olor de sus reuniones solemnes.
 Si me ofrecen holocaustos, no me complazco en sus ofrendas,
 ni pongo atención a sus sacrificios de comunión [...]
 ¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones,
 no quiero oír tus arpas!
 ¡Que fluya, sí, el juicio como agua
 y la justicia como arroyo inagotable!
 ¿Acaso yo les pedí a ustedes que me ofrecieran sacrificios y oblaciones
 en el desierto,
 durante cuarenta años, casa de Israel? (Am 5,21-25).

Palabras parecidas pronunciaron otros profetas, que insistieron en que Dios estaba cansado de tanto engaño e hipocresía, y amenazaron con su desaparición.

¡Ya no soporto más sacrificios, ni fiestas! [...]
 Cuando extienden sus manos para orar, me tapo los ojos para no verlos [...], porque hay sangre en sus manos (Is 1,11-15).

¿Qué me importa a mí el incienso importado de Saba [...]?
 Ya no me gustan los holocaustos, que ustedes hacen,
 y sus sacrificios me caen mal (Jr 6,20).

No confíen en palabras mentirosas como estas:
 ¡Templo de Yahvé!, ¡templo de Yahvé!, ¡templo de Yahvé! [...]
 Dejen de oprimir al emigrante, al huérfano y a la viuda.
 No manchen este lugar con sangre de gente asesinada.
 No vayan en pos de otros dioses [...]
 Pero ustedes se fían de palabras engañosas [...]
 Ustedes roban, matan [...]
 Y dicen: “¡Aquí estamos seguros!” [...]
 ¿Se creen poder arrebatar así la salvación a Dios?
 Lo que les mandé, más bien, fue esto: “[...] Caminen por el camino que les indiqué” (Jr 7,4-23).

Tanto Miqueas, hacia 700 a. C., como Sofonías, hacia 630 a. C., y Jeremías, hacia 600 a. C., avisaron que esa idolatría y el intento de manipular a Dios, junto con la mentira, la opresión, la violencia y la injusticia, llevarían no solo a la destrucción del templo, sino también de Jerusalén, incluida Sion, la parte más sagrada. Entonces, parecerá que Dios había maldecido su ciudad y su templo.

Pero precisamente por sus maldades, Sion va a quedar como un potrero arado,
Jerusalén será reducida a escombros
y el cerro del templo será cubierto por el bosque (Mi 3,12).

¡Ay de la rebelde, [...] la ciudad opresora!
No ha escuchado la voz, [...] en Yahvé no ha puesto su confianza, a su Dios no se ha acercado.
Sus príncipes [...] son leones rugientes;
sus jueces, lobos de la tarde, que no dejan un hueso para la mañana;
sus profetas, fanfarrones, hombres traicioneros;
sus sacerdotes profanan lo que es santo y violan la Ley.
Yahvé es justo [...] no comete injusticia; [...] Y me dije: “Si al menos tú me respetaras [...]”.
Pero ellos, al contrario, se han apresurado a comportarse mucho peor.
Por eso, espérenme, les dice Yahvé, para el día en que yo venga a acusarlos; [...] entonces todo el territorio será consumido por el fuego de mis celos (So 3,1-8).

[...] trataré esta casa mía como traté el santuario de Silo, y pondré a Jerusalén como ejemplo: todas las ciudades reconocerán que yo la maldije (Jr 26,6).

Pues así habla Yahvé [...]:
“Corten árboles y construyan un terraplén frente a Jerusalén,
que es una ciudad mentirosa y que oprime [...],
brotó de ella la maldad [...] solo se oye hablar de violencia e injusticia” (Jr 6,6-7).

Así, pues, los profetas llamaron constantemente al pueblo a no buscar otros dioses, ni seguridades, sino a confiar solo en Yahvé y a vivir una espiritualidad de relación gratuita y no interesada con él.

2.4. Espiritualidad del trabajo por la justicia y la solidaridad

Después de denunciar el intento de manipulación de Dios, a través de los santuarios y los actos de culto, Amós recordó que el auténtico camino de encuentro con él, pasaba por la búsqueda de la justicia. Y Oseas, después de

la ruptura de su matrimonio y del deseo de tomar represalias contra su mujer, sintió que su amor estaba por encima de su odio, igual que Dios. En un segundo momento, se comprometió, siguiendo su ejemplo, con un nuevo amor, basado en la justicia y la solidaridad. “Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo y las bases de nuestro matrimonio serán la justicia y el derecho, el amor y la compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú tendrás una relación profunda con Yahvé (Os 2,21-22).

Isaías, por su parte, tras una dura crítica contra quienes creían que la salvación dependía de los actos de culto en el templo, exhortó a las autoridades y al pueblo de Judá a vivir la auténtica espiritualidad de la justicia y la solidaridad. Así, les dijo: “Aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda” (Is 1,17). Miqueas recordó también lo que Yahvé pedía: “tan solo practicar la justicia, amar con ternura al mísero y caminar día a día con tu Dios” (Mi 6,8).

Un siglo más tarde, Jeremías se enfrentó con el rey Joaquín I, porque chantajeó a Dios con la existencia del templo y del culto. El profeta le recordó cuál era el camino de la salvación y qué debía hacer y fomentar entre los habitantes de Judá:

Mejoren de conducta [...]

y yo haré que se queden en este lugar [...]

Porque si mejoran su conducta [...]

si realmente hacen justicia mutua y no oprimen al inmigrante,

al huérfano y a la viuda [...]

entonces yo me quedaré con ustedes en este lugar (Jr 7,3-8).

Y, dirigiéndose propiamente al rey, le indicó en qué consistía la espiritualidad que debían adoptar:

Practiquen el derecho y la justicia,

liberen al oprimido de manos del opresor,

y no atropellen al inmigrante, al huérfano y a la viuda;

no hagan violencia ni derramen sangre inocente en este lugar.

Porque si ponen en práctica esta palabra, entonces seguirán entrando por las puertas de esta casa reyes sucesores de David en el trono, montados en carros y caballos, junto con sus cortesanos y su pueblo (Jr 22,3-4).

Jeremías advirtió al rey que, en lugar de seguir el ejemplo de su padre Josías, quien había vivido la espiritualidad del verdadero creyente en Yahvé, es decir, había practicado la justicia y la equidad, y había juzgado la causa del humillado y del empobrecido, hacía lo contrario (Jr 22,13-17).

3. Espiritualidad de la confianza en un Dios solidario en el sufrimiento

Al final, llegó la invasión de Babilonia y el exilio. Fue un tiempo de mucho desconsuelo, desconfianza, desánimo, dudas sobre Dios y desesperanza. Profetas como Ezequiel y el segundo Isaías insistieron en que Dios pedía actitudes nuevas. Dios había abandonado el templo para irse al exilio con su pueblo, se había convertido en su pastor, venía para cambiar su corazón y darle vida. Dios sufre con el pueblo a través de su siervo.

Ezequiel (34), después de lamentar que los pastores de Israel se hubieran aprovechado del rebaño y provocado su desunión y dispersión, continúa:

Así dice el Señor Yahvé: [...]
Como un pastor vela por su rebaño
cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas,
así velaré yo por mis ovejas.
Las recobraré [...]
Las sacaré de en medio de los pueblos,
las reuniré de los países, y las llevaré de nuevo a su suelo.
Las pastorearé [...]
Las apacentaré en buenos pastos, [...]
Allí reposarán [...];
y pacerán pastos abundantes [...]
Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar, [...]
Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada,
curaré a la herida, confortaré a la enferma [...]
yo vendré a salvar a mis ovejas para que no estén más expuestas al pillaje
[...]
haré desaparecer de esta tierra las bestias feroces.
Habitarán en seguridad [...]
las bestias salvajes no volverán a devorarlos [...]
Haré brotar para ellos un plantío famoso [...]
Ustedes, ovejas mías, son el rebaño humano que yo apaciento
y yo soy su Dios, oráculo del Señor Yahvé.

Y en Ezequiel 36:

Así dice el Señor Yahvé: [...]
las naciones sabrán que yo soy Yahvé [...]
cuando yo, por medio de ustedes, manifieste mi santidad a la vista de
ellos. Los tomaré de entre las naciones, los recogeré de todos los países y
los llevaré a su suelo [...]

Y les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que vivan según mi voluntad [...] Habitarán la tierra que yo di a sus padres. Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios.

En el siguiente capítulo, Ezequiel habla de una nueva vida:

La mano de Yahvé fue sobre mí y, por su espíritu, Yahvé me sacó y me puso en medio de la vega, que estaba llena de huesos [...] Me dijo: “Hijo de hombre, ¿podrán vivir estos huesos?” [...]

Di a estos huesos: “[...] He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en ustedes y vivirán [...] y sabrán que yo soy Yahvé”.

Yo hablé como se me había ordenado, y [...] se produjo un ruido [...], y los huesos se juntaron unos con otros. Miré y vi que estaban recubiertos de nervios, la carne salía y la piel se extendía por encima, pero no había espíritu en ellos.

Él me dijo: “[...] Di al espíritu: Así dice el Señor Yahvé: Ven, espíritu [...] y sopla sobre estos muertos para que vivan”.

Yo hablé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron [...]

Entonces me dijo: “Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos andan diciendo: [...] se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros. Por eso, diles: “Así dice el Señor Yahvé: [...] Infundiré mi espíritu en ustedes y vivirán; [...] oráculo de Yahvé” (Ez 37,1-14).

Pero no solo vivirán de nuevo, sino que formarán de nuevo un único pueblo, con el cual Dios hará de nuevo una alianza de paz. Así lo expresó Ezequiel:

La palabra de Yahvé se dirigió a mí en estos términos:

“Y tú, hijo de hombre, toma un leño y escribe en él: ‘Judá y los israelitas que están con él’. Toma luego otro leño y escribe en él: ‘José, leño de Efraín, y toda la casa de Israel que está con él’. Júntalos el uno con el otro de suerte que formen un solo leño, que sean una sola cosa en tu mano [...] y di: ‘Así dice el Señor Yahvé: He aquí que voy a tomar el leño de José (que está en la mano de Efraín) y las tribus de Israel que están con él, los pondré junto al leño de Judá, haré de todo un solo leño, y serán una sola cosa en mi mano [...] Haré de ellos una sola nación en esta tierra [...] y serán mi pueblo y yo seré su Dios [...] Concluiré con ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza eterna” (Ez 37,15-26).

Esto será posible, porque Yahvé abandonó el templo y se fue al exilio con el pueblo a Babilonia. Así, pues, se trata de dejar estar a Dios con ellos y dejarlo ser lo que es (ver Ez 9,3; 10,4.18-19; 11,22-23; 1).

La gloria del Dios de Israel fue levantada de los querubines sobre los que descansaba y llevaba hacia el umbral del templo [...] que se llenó de la nube, mientras el atrio estaba lleno del resplandor de la gloria de Yahvé.

La gloria de Yahvé traspasó el umbral del templo y se posó sobre los querubines. Los querubines desplegaron sus alas y se elevaron del suelo en mi presencia; [...] Y se detuvieron junto a la puerta oriental del templo de Yahvé; la gloria del Dios de Israel estaba encima de ellos.

La gloria de Yahvé se elevó de en medio de la ciudad y se detuvo sobre el monte que está al oriente de la ciudad.

En el capítulo 1 encontramos el final de esta visión, en la cual se nos dice que Dios está en el exilio con los exiliados.

En otros textos encontramos un testimonio similar. Hablan de un Dios poderoso, que sigue amando, que quiere mantener la relación con su pueblo y con toda la humanidad, que quiere llegar a todos los pueblos, a través de su pueblo, y que suscita esperanza.

El movimiento sacerdotal y la segunda edición de la obra deuteronomista plantean una espiritualidad de consolación, de confianza y de esperanza. Sin embargo, la escuela de los discípulos de Isaías, conocida como el segundo Isaías, fueron los que más consolación y esperanza dieron a los exiliados. Además de anunciar el retorno del exilio, bajo la guía de Dios, Señor de la historia, que así los volvería a liberar, compusieron los famosos cánticos del Siervo sufriente de Yahvé.

Los cantos del Siervo hablan de la solidaridad de Dios con el dolor de su pueblo y de la humanidad. El profeta se preguntaba si el dolor podía afectar a la realidad de Dios, el Todopoderoso y el Señor de la historia. La respuesta tradicional decía que no. Pero, entonces, ¿qué sentido podía tener su cercanía, su compañía, su misericordia y su compasión? El segundo Isaías estaba convencido de que Dios seguía caminando, codo con codo, junto a su pueblo. Por tanto, corría su misma suerte.

Por eso, los cantos del Siervo hablan de alguien a quien Dios amó y llamó para convertirlo en amigo íntimo y a quien preparó para que supiera resistir el dolor, la persecución y la muerte. Asimismo, declaran que ese Siervo, íntimo

de Dios, se ofreció voluntariamente, aun cuando su dolor fuera interpretado por la mentalidad tradicional como un castigo divino. El Siervo de los cantos está, por tanto, íntimamente unido a Dios y a la humanidad, y mediante esa unión muestra, con su sufrimiento, que Dios está de su lado. Y, por esa solidaridad, que lo llevó a cargar sobre sí con las consecuencias de la culpa del pueblo, evitando así que aquellas cayeran sobre este, fue ensalzado y Yahvé se ha complacido en él.

He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, [...]

Así como la multitud se asombró ante él

—pues estaba tan desfigurado

que no tenía aspecto humano, [...]—,

otro tanto se admirarán todos los pueblos;

ante él los reyes callarán,

pues verán lo que nunca se les contó [...]

¿Quién creyó a nuestra noticia? [...]

¿A quién le fue revelada?

Creció como un retoño delante de él, [...]

No tenía apariencia ni presencia;

lo vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.

Despreciado, marginado,

hombre doliente y débil, como de taparse el rostro para no verle.

Despreciable, un Don Nadie.

¡Y con todo eran nuestros dolores los que él cargaba [...]!

Nosotros pensamos que él era azotado, herido por Dios y humillado.

Pero en realidad él ha sido herido por nuestras rebeldías, [...]

Él ha soportado el castigo que nos trae la paz, [...]

Todos nosotros como ovejas nos apartamos del camino, [...]

y Yahvé descargó sobre él las consecuencias de nuestras culpas.

Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.

Como [...] oveja que ante los que la trasquilan, está muda, tampoco él

abrió la boca.

Tras arresto y juicio fue arrebatado,

sin que sus contemporáneos se preocupen.

Fue arrancado de la tierra de los vivos;

por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;

y se puso su sepultura entre los malvados [...],

por más que nunca atropelló ni engañó a nadie.

Todo esto fue cosa de Yahvé.

Pero ya que se ofrece en lugar del pueblo, [...],
vivirá por siempre,
y lo que le guste a Yahvé se cumplirá por su mano.
Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará.
Por su conocimiento mi Siervo justificará a todos,
y cargará sus culpas.
Por eso le daré su parte entre los grandes [...],
ya que inocente se entregó a la muerte
y fue considerado rebelde,
cuando en realidad él llevó el pecado de todos
e intercedió por los rebeldes
(Is 52,13–53,12).

La espiritualidad del exilio afirma la confianza plena en un Dios solidario con su pueblo. Un Dios que, por medio del Siervo sufriente, acompaña, consuela y llama a caminar hacia una nueva liberación.

4. Un Dios que anima al pueblo en las dificultades del postexilio

Las dificultades de la reconstrucción, en la época del postexilio, fue un momento especial para redescubrir algunos aspectos del Espíritu y del estilo de Dios. No es fácil sintetizar la riqueza de esa época. Me detendré, por tanto, en aquellos aspectos más novedosos y sobresalientes.

4.1. Espiritualidad de búsqueda de la identidad

Entre los relatores levitas, se insistió en la importancia que Dios daba a la reconstrucción de la ciudad y del templo como lugares significativos de su presencia y de reunión del pueblo, y de nuevas prácticas reunificadoras, como la circuncisión, la oración, la lectura de la palabra de Dios, el ayuno y la limosna. De esa manera, estos levitas impulsaron una espiritualidad de búsqueda de la identidad, pero sin cerrazón.

4.2. Espiritualidad de solidaridad con el prójimo excluido

Los profetas insistieron también en los signos de unidad y en la importancia de la restauración, pero, sobre todo, en una nueva manera de relacionarse con Dios. Ya no se trataba tanto de unas prácticas externas que los identificaran, sino de una relación con Dios que condujera a una relación justa y solidaria con el prójimo. Esta relación sería la señal de lo definitivo, de un cielo y una tierra nueva, donde ya no habría injusticia y opresión, ni dolor y muerte, sino armonía

y paz total. Este Dios enviaba a sanar y liberar. Así, pues, es una espiritualidad de la solidaridad con el prójimo excluido y necesitado, tal como aparece en Isaías 58.

Clama con fuerza y sin miedo,
 haz oír tu voz
 y denuncia a mi pueblo sus pecados y maldades.
 Pues dicen que me buscan día a día
 y que se esfuerzan por conocer mi voluntad,
 como si fueran gente que practica la justicia
 y siempre hace mi voluntad.
 Dicen además que quieren vivir en justicia y tener amistad conmigo.
 Todo esto lo dicen con gran hipocresía, pues para colmo se quejan de mí
 diciendo que yo no veo y no tomo en cuenta sus ayunos y penitencias.
 Diles de mi parte lo siguiente:
 Lo que ocurre es que en los días de ayunos ustedes se dedican a sus
 negocios
 y explotan a sus obreros.
 Además, ustedes ayunan entre peleas y contiendas
 y golpean con maldad.
 No es así el ayuno y la penitencia con que pueden llegar hasta mí.
 No se trata de doblar la cabeza como un junco
 o de acostarse sobre costales y cenizas, para agradarme.
 El ayuno que sí me agrada es este:
 Romper las cadenas injustas, desatar las cuerdas de la opresión,
 dejar libres a los maltratados y romper toda clase de yugo.
 Compartir el pan con el hambriento, recibir en casa a los pobres sin
 techo,
 vestir al desnudo y no volver la espalda al hermano.
 Así, pues, si en tu casa no hay más gente explotada,
 si dejas de amenazar al prójimo y no pronuncias contra él palabras
 perversas;
 si das al hambriento lo que deseas para ti y sacias al hombre oprimido,
 el Señor caminará contigo y, cuando clames a él, te responderá: “Aquí
 estoy”.

Y en Isaías 61,1-2, cuando el profeta intenta actualizar la misión del Siervo de Yahvé, vuelve a insistir en la solidaridad con el excluido y el necesitado.

El Espíritu del Señor Yahvé está sobre mí,
 por cuanto que me ha ungido Yahvé.

A anunciar la buena nueva a los pobres
me ha enviado, a vendar los corazones rotos;
a pregonar a los cautivos la liberación,
y a los reclusos la libertad;
a pregonar año de gracia de Yahvé,
día de venganza de nuestro Dios;
para consolar a todos los que lloran.

4.3. Espiritualidad de la vida cotidiana

Los sabios reflexionaron sobre el día a día y la conducta honrada, justa, generosa con el prójimo y agradecida con Dios. Solo actuando de esa manera se podía recibir el nombre de sabio y, por tanto, ser feliz.

De esa manera, los sabios promovieron una espiritualidad de la vida cotidiana, tal como aparece en los diferentes proverbios. En ellos se habla de las actitudes humanas que producen la felicidad, esto es, la honradez, la justicia, la verdad, la preocupación por los demás y la solidaridad con las personas necesitadas.

4.4. Espiritualidad de lucha contra el mal

Más importante aún es la reflexión de los sabios sobre el dolor y el sufrimiento del inocente y sus causas. ¿Estaban relacionados con Dios? ¿Era Dios quien enviaba el dolor y el sufrimiento para castigar o probar? ¿Dios lo permitía? ¿Era una señal del alejamiento de Dios, por alguna razón conocida, el pecado, o desconocida?

El libro de Job da una respuesta clara. El dolor no es un castigo por el pecado, ni una prueba enviada por Dios. Tampoco es algo que Dios quiera. El dolor forma parte de una naturaleza que debemos perfeccionar gradualmente. Dios apuesta por la supresión del mal. Por eso, hace que a la noche, el tiempo simbólico del mal, le siga la mañana, el tiempo simbólico del bien, durante el cual se puede luchar contra el mal.

A Dios le gustan las cosas creadas, sobre todo, cuando son gratuitas, aunque aparentemente no sirvan para nada. Su señorío sobre la historia no despoja al ser humano de su libertad, ni se salta las leyes de la naturaleza. Dios seduce al ser humano para que, sea o no víctima del dolor y del sufrimiento, trabaje todos los días en la eliminación del mal y del dolor. En este esfuerzo, debe saber que él está a su lado y lo anima a cumplir esta misión.

Esta espiritualidad de lucha contra el mal se encuentra en el protoevangelio, que anuncia a la serpiente, en el jardín: “Enemistad pondré entre tú y la mujer, entre tu linaje y su linaje; ella te pondrá su pie sobre tu cabeza, mientras tú muerdes su talón” (Gn 3,15).

5. Espiritualidad de diálogo y resistencia

Durante el dominio del mundo grecorromano, la comunidad judía vivió momentos de tranquilidad, en los cuales se sintió llamada a dialogar con esa cultura y sus valores. Pero hubo también momentos críticos y difíciles, debido a que el helenismo intentó imponerse y acabar con la cultura y la religión judías.

Aparentemente, en ese momento, Dios se puso del lado de quienes se resistieron, bien con las armas, bien entregando la vida, bien dando testimonio de la vida cotidianamente. Esto nos permite hablar de una espiritualidad de resistencia, ya que Dios no abandona al justo, a pesar de las apariencias. Esto es lo que encontramos en los libros de Daniel, Macabeos y Sabiduría.

Con esto llegamos al tiempo de Jesús y del Nuevo Testamento.

6. Espiritualidad del Nuevo Testamento

Obviamente, la espiritualidad del Nuevo Testamento está en continuidad con la del Antiguo, pero no completa, pues hay ruptura y novedad. Esta espiritualidad ya no se interesa en cómo el pueblo captaba que Dios se manifestaba en su historia y lo llamaba a vivir según el Espíritu. El Nuevo Testamento refiere el modo de vivir y hablar de una persona llena del Espíritu de Dios, que se deja llevar por él: Jesús de Nazaret. Aquí solo me detendré en algunos rasgos de esta espiritualidad. ¿A qué lleva el Espíritu a Jesús?

En primer lugar, lo lleva a nacer entre los pobres y marginados. No recibe los honores y las felicitaciones de los poderosos de su tiempo y su país, sino de la gente, hasta cierto punto, despreciada por su oficio o su condición, y por gente que vino de lejos. Es un nacimiento que llena de alegría a los llamados “pobres de Yahvé”, aquellos que solo ponían su confianza y su vida en las manos de Yahvé.

En segundo lugar, lo lleva a aceptar, en el bautismo y durante su vida, la misión de salvar a la humanidad, como el Siervo de Yahvé y no como señor. En el desierto, a donde el Espíritu lo lleva, y en las tentaciones, se juega la fidelidad a esa misión. Es, pues, una espiritualidad de la encarnación o *kenótica*.

En tercer lugar, lo lleva a orar en los momentos más críticos, en concreto, cuando necesita conocer o adherirse a la misión de su Padre y cuando enfrenta una situación difícil. No solo ora, sino que enseña a orar a sus discípulos con una oración desinteresada, dirigida a conocer la voluntad de Dios y a pedir luz y fuerza para llevarla adelante. Ejemplos típicos son la oración en el huerto y la oración en la cruz: “Padre, si es posible...”, “Dios mío, Dios mío...”.

El Espíritu lo lleva a anunciar que el reino ya llega, ya está en medio de nosotros. Un reino que crece poco a poco, que es para todos y que se fundamenta en la justicia y la paz. En consecuencia, Jesús pone signos de ese reino y de sus avances frente al reino del mal o del anti-reino. Así, calma la tempestad, da la vista a los ciegos, da el oído a los sordos, da movilidad a los paralíticos, da la vida a los muertos, da pan a los hambrientos, da agua a los sedientos, da techo a los sin casa, da compañía a los solitarios y los presos, da consuelo a los afligidos, apoya a los excluidos y ofrece perdón a los pecadores y salvación a todo el género humano. Se trata, por tanto, de una espiritualidad de la solidaridad, de la comunión, del compartir, de la inclusión y de la compasión con el que sufre.

Lo lleva a seguir su camino hacia Jerusalén, hacia la entrega total de la vida, para mostrar a la humanidad cómo es Dios con ella. Es una muerte con la esperanza de lo nuevo, que surgirá de ella, y la confianza plena en el Padre, a quien se entrega y en cuyas manos pone su vida. Es, pues, una espiritualidad de la entrega confiada de la vida.

Lo lleva a celebrar la cena con sus seguidores para mostrar todo lo anterior, en signos como la comida del pan, la bebida del vino y el lavatorio de los pies: una entrega y un servicio total.

Estos son algunos de los rasgos de la espiritualidad de los seguidores de Jesús, una espiritualidad inspirada en él mismo y en el Espíritu, que lo inspiró y lo animó.

Acabo con una cita de la carta a los Romanos, que expone la espiritualidad que Pablo desea en sus comunidades.

Les exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transformense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto.

En virtud de la gracia que me fue dada, les digo a todos y a cada uno de ustedes: No se estimen en más de lo que conviene; tengan más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desem-

peñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros. Pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de la profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia con jovialidad.

Su caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndose al bien; amándose cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad.

Bendigan a los que los persiguen, no maldigan. Alégrese con los que se alegran; lloren con los que lloran. Tengan un mismo sentir los unos para con los otros; sin complacerse en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no se complazcan en su propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de ustedes dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por su cuenta, queridos míos, dejen lugar a la cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza, yo daré el pago merecido, dice el Señor. Antes al contrario: si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien (Rm 12,1-21).

7. Conclusión

La pretensión de este artículo ha sido mostrar cómo el Espíritu de Dios que acompañó a su pueblo, en el momento de su formación como tal y a lo largo de su accidentada historia, lo fue llevando a vivir con el estilo y la espiritualidad de quien ha experimentado la liberación. Un estilo y una espiritualidad que evolucionan para responder a las diferentes circunstancias históricas del pueblo.

He presentado, por tanto, los grandes rasgos de la espiritualidad de dicho pueblo, según el Antiguo Testamento. Esto me ha permitido mostrar cómo Jesús de Nazaret, lleno de ese mismo Espíritu de Dios y llevado por él, vivió la espiritualidad del pueblo Dios, aunque superándola y perfeccionándola.

Esta espiritualidad, en continuidad y ruptura con la del Antiguo Testamento, es la que estamos llamados a vivir, como seguidores de Jesús y como nuevo pueblo de Dios.